

—Pero no olvides el bolsillo del dinero, que es el mejor de todos los oradores, le gritó Smid riéndose cuando le vió irse á preparar el bote.

CAPITULO XXV.

EN BUSCA DE UNA SEÑAL.

—¿QUE respuesta ha enviado, padre? preguntó Hipatia, al ver á Teon de vuelta, despues de entregar la malhadada carta dirigida á Filemon.

—¡Es un insolente! La hizo pedazos, y se marchó sin hablar palabra.

—Que se vaya y nos abandone como los demas, en nuestro infortunio.

—A lo menos tenemos las joyas.

—¿Las joyas! Que se devuelvan á su dueño. ¡Nos contaminariamos tomándolas como salarios de cosa ninguna... y sobre todo, de lo que no ha llegado á verificarse?

—Pero hija mia, nos fueron dadas libremente. Me suplicó que las tomase; y... y si te he de decir la verdad, debo conservarlas. Despues de este desastre,

ten por seguro que todos los acreedores reclamarán que se les pague.

—Que se lleven nuestra casa y muebles, y que nos vendan como esclavos. Que tomen todo, con tal que nos dejen nuestra virtud.

—¿Qué nos vendan como esclavos? ¿Estás loca?

—Aun no lo estoy enteramente, padre, respondió Hipatia con triste sonrisa. Pero ¿crees que si fuéramos esclavos estariamos peor que ahora? Rafael Aben-Ezra me dijo que obedecia mis preceptos, cuando salió de Alejandría como un pordiosero, sin lecho ni hogar; ¿y no tendré yo valor para obedecerlos, si fuere necesario? El pensamiento de su fuerza, de su sufrimiento, me ha avergonzado en medio de mi lujo en estos últimos meses. Al cabo, ¿qué debe el filósofo exigir sino pan y agua, y el claro arroyuelo en que lavar las diarias manchas de su arte terrestre? Que se cumpla el destino. Hipatia no luchará mas contra la corriente.

—¡Hija mia! ¿Y así has renunciado á toda esperanza? ¿Tan pronto desalentada! ¡Cómo! ¿este desdichado accidente ha podido destruir los proyectos de mu-

chos años? Orestes continúa fiel. Los guardias tienen orden de proteger la casa mientras lo creamos preciso.

—Despídelos, pues. No he hecho mal á nadie, y no temo el castigo de nadie.

—No conoces la locura de la muchedumbre; tu nombre suena ya en las calles en compañía del de Pelagia.

Hipatia se estremeció. Su nombre en compañía del de Pelagia. ¡Y á esto había venido á parar por voluntad propia!

—¡Lo he merecido, sí! ¡Me he vendido á la mentira, á la intriga! No me ha arredrado el representar un papel falso!... ¡Oh, padre! ¡no me vuelvas á recordar ese hombre! ¡Me he ligado con el impuro, con el sanguinario, y esta es la recompensa! No mas política para Hipatia, padre mio; no mas discursos ni lecciones; no mas perlas de sabiduría arrojadas á cerdos. He pecado en divulgar los secretos de los inmortales á la multitud. Que ésta siga la senda que le tiene marcada el destino. ¡He sido necia en imaginar que mis palabras, que mis planes la elevarian á mayor altura de la que los dioses le han designado!

—¡Renuncias, pues, á nuestras lec-

ciones? ¡Peor que peor! ¡Nos arruinaremos totalmente!

—Ya lo estamos. No hay que contar con Orestes. Le conozco demasiado bien, padre mio, para no saber que nos entregaria mañana á la furia de los cristianos, si su miserable vida... diré mas, si su empleo, todavía mas miserable, se hallase en peligro.

—Cierto... cierto; así lo temo, dijo el pobre Teon torciéndose las manos. ¡Qué va á ser de nosotros... de tí, más bien? ¡Qué importa lo que acontezca al inútil y viejo astrónomo?... Morir hoy ó el año venidero, le es igual. ¡Pero tú... tú! Huyamos por el canal. Podemos reunir lo suficiente, aun sin estas joyas que rehusas, para costear nuestro viaje á Atenas, donde estaremos seguros con Platarco y reuniremos una nueva escuela. El te recibirá perfectamente... ¡Todo Atenas hará lo mismo... y serás reina de Atenas, como has sido reina de Alejandria!

—No, padre. En adelante, lo que yo sepa quiero saberlo para mí únicamente. Hipatia desde hoy estará sola con los dioses inmortales.

—A mí no me dejarás, ¿eh? esclamo el anciano aterrado.

—¡Nunca mientras viva! contestó ella prorumpiendo en llanto verdadero, humano, y arrojándose en brazos de Teon. ¡Nunca... nunca! ¡padre de mi espíritu y de mi carne!... ¡Mi maestro!... que ha enseñado mi alma desde la cuna á usar de sus alas!... ¡El único ser que no me ha comprendido mal... que no ha puesto obstáculos á mis planes... que no me ha engañado!

—¡Hija incomparable! ¡Y yo he sido causa de tu ruina!

—¡Tú, no!... ¡mil veces no! ¡Yo sola merezco que se me culpe! Yo me mezclé en la política mundana, y te induje á creer que sería capaz de conseguir lo que intenté con tal temeridad. ¡No te acuses á ti, si no quieres romper mi corazón! Aun podemos ser felices juntos... Nos bastará para ello una cabaña de hojas de palmera en el desierto, dátiles de la arboleda y agua de la fuente... el monge se atreve á vivir solo con su miseria en semejante sitio; ¡y no nos atreveremos nosotros á vivir en el juntos y dichosos?

—¿Entonces estás resuelta á huir?

—Hoy no. Sería bajo obrar así antes que nos apremie el peligro. Conservaremos nuestro puesto hasta el último instante, ya que no muramos en él como héroes. Mañana iré al salón de lecciones... al Museo tan querido, por la última vez, para despedirme de mis discípulos. Indignos como son, me debo á mí misma y á la filosofía decirles por qué los dejo.

—Será demasiado peligroso... lo será, sin duda.

—Podiera en tal caso llevar conmigo los guardias. Pero no... Que no tengan motivo para acusar nunca de temor á la filósofa. Que la vean salir como siempre, fuerte con el valor de la inocencia, segura con la protección de los dioses. Así, quizá les acometa al fin algún sagrado temor.

—Te acompañaré.

—No; iré sola. Puedes correr peligro, mientras yo no corro ninguno. Al cabo soy muger... y no obstante su ferocidad, no se atreverán á ofenderme.

El anciano meneó la cabeza.

—Mirame, prosiguió Hipatia, colocando sus manos en los hombros de Teon y mirándole fijamente... Dices

que soy hermosa; y como sabes, la hermosura domestica los leones. ¿No crees que esta cara sea capaz de desarmar hasta la cólera de un fraile?

Y se sonrió y se le encendió el rostro con tan bellos colores, que el anciano, olvidando su temor, la besó y fué á disponer que se tratase perfectamente á los soldados, pues su prudencia le aconsejaba retenerlos todo el tiempo posible. Al efecto, cerró los ojos para no ver los juegos entre sus valientes defensores y las doncellas de Hipatia, las cuales, no teniendo el recato de su ama, miraban como un raro don del cielo aquella tarde de charla con veinte corpulentos guerreros.

Habia, pues, broma larga abajo, mientras que Teon sacó vino del mejor y mas añejo; y despues de proponer en persona, por via de enmienda, un brindes á la salud del emperador de Africa, se encerró en la libreria, y confortó su turbado espíritu con un difícil problema de astronomía que todo el dia le habia estado persiguiendo hasta en el mismo teatro. Entretanto Hipatia continuaba sentada en su aposento con el rostro entre las manos, el corazon hen-

chido de ideas y los ojos de lágrimas. Aunque habia logrado disipar los temores de su padre, los suyos eran cada vez mas vivos.

Sentia, sin saber por qué, y no obstante con tal claridad como si un Dios se lo hubiese dicho al oido, que la crisis de su vida habia llegado ya; que su carrera política y activa estaba terminada; y que debia contentarse ya con ser para si misma y en si misma únicamente, todo lo que era ó podia llegar á ser. El mundo seria regenerado, pero no en su tiempo: los dioses serian restaurados, pero no por ella. Era un terrible descubrimiento; y sin embargo, su corazon le habia dicho durante muchos años que esperaba contra toda esperanza, que estaba luchando contra una corriente demasiado fuerte para ella. Por fin habia llegado el momento en que, ó la corriente debia arrebatarla, ó mediante un esfuerzo desesperado, podria llegar á la tierra firme, dejando que las aguas siguiesen tranquilas su curso, el cual no era favorable á los dioses, pues que borraba sus nombres de la superficie de la tierra. ¿No pudiera ser que ellos no quisiesen ser conocidos; que

estuviesen cansados de la adoracion y reverencia de los hombres, y que, bastándose á sí mismos en su perfecta dicha, no se cuidasen de los bienes ni de los males de la tierra? ¿Yo seria así? ¿No tenia de ello pruebas en cuanto veia? ¿Qué interés habia tomado Isis por su Alejandria? ¿Cuál Palas por su Atenas?... Y no obstante, Homero, Hesiodo y los antiguos cantores órficos eran de otro modo de pensar.... ¿De dónde habian sacado la estraña idea de aquellos dioses que aconsejaban al género humano, combatian entre los hombres y contraian enlaces terrestres, cual si los mortales fuesen una tribu unida á ellos por vínculos de parentesco?

“Zeus, padre de los dioses y los hombres....” Estas eran palabras de esperanza y de consuelo.... Pero decia la verdad.... ¿Padre de los hombres? Imposible.... de seguro no era padre de Pelagia. No era padre de los seres bajos, malos, ignorantes.... La intencion de los poetas debió de ser llamarle padre de las almas heroicas solamente.... Pero ¿dónde estaban ahora esas almas? ¿Era ella una? Entonces, ¿por qué la habian abandonado las potesta-

des celestes en el extremo de su infortunio? ¿Se habia extinguido la raza heroica, y ella en su presuncion se estaba atribuyendo meramente un honor que no le correspondia? ¿O se redacia todo á un sueño de aquellos antiguos cantores? ¿Habrian, segun algunos filósofos, inventando dioses á su semejanza, y dando cuerpo, valiéndose del temor y la admiracion de los hombres, á sus hermosos fantasmas?.... Así debia ser. Si hubiese dioses, conocerlos seria la mas alta dicha del mortal. No enseñarian, pues, á los hombres este conocimiento, no descubririan su hermosura á unos pocos escogidos, por honor suyo, ya que no, como ella habia soñado un tiempo por amor á aquellos que alimentaban una llama parecida á la celeste llama suya?.... ¿Y si no hubiese dioses? ¿Y si la corriente fatal, que se lleva sus nombres, faese el único poder verdadero? Esa antigua idea pirrónica, ¿no pudiera ser la solucion del problema del universo?.... ¿Si no habria centro, órden, reposo ni fin.... sino un perpétuo flujo, un perpétuo cambio! Y ante su cerebro y su corazon se presentó la terrible vision de Lucrecio, en que

el universo caía, caía, caía eternamente, de no se sabe qué punto hasta no se sabe cuál, por siglos y siglos, en virtud de una gravitación sin causa é incesante, mientras que los cambios y esfuerzos de todas las cosas mortales no eran mas que el movimiento de los átomos de polvo en medio de la tempestad sempiterna...

Imposible! Existían la verdad, la virtud, la belleza, la nobleza, inmutables, absolutas, siempre las mismas. El divino instinto de su femenino corazón se rebelaba contra su entendimiento, y en nombre de Dios, negaba la mentira.... Si... había virtud, belleza... Sin embargo, ¿no serían también accidentes del encanto, que el hombre llama vida mortal; accidentes temporales y mutables del encanto, denominado conciencia; chispas brillantes, originadas del choque de los átomos de polvo? ¿Quién lo sabía?

En otro tiempo había quien contestase á tales preguntas. ¿No habla Plotino de una mística intuición directa de la Divinidad, entusiasmo sin pasión, silenciosa intoxicación del alma, en que elevándose el pensamiento sobre la vida,

la razón sobre sí misma, se acerca á lo que contempla á la Unidad absoluta y primitiva, y se confunde con ella, ó mas bien, percibe claramente la unión que ha existido desde el primer momento en que emanó de la Unidad? Seis veces en una vida de sesenta años se había elevado Plotino á esta altura de unión mística, y había conocido que era Dios. Una sola vez había alcanzado Porfirio igual gloria. Hipatia, á pesar de sus muchas tentativas, no había logrado jamás tener la visión clara de un ser exterior á sí mismo; es verdad que la práctica, una voluntad firme y una poderosa imaginación, hacían que pudiese producir, casi á su antojo, ese misterioso éxtasis, paso preliminar para obtener una visión sobre natural. Pero el placer que encontraba en las brillantes, y según ella, divinas fantasías de tales momentos, se lo amargaba siempre la idea de que, en materia de éxtasis, centenares de personas, inferiores á ella en entendimiento y ciencia, y peor que todo, monges cristianos y también monjas, se jactaban de ser sus iguales (y si se daba crédito á lo que decían de sus visiones, le eran superiores, y em-

pleando los mismos métodos que ella; pues que por medio del celibato, de los rigurosos ayunos, de la perfecta quietud corporal, y de la intensa contemplación de una sola idea, ellos también pretendían ser capaces de elevarse sobre el cuerpo á regiones celestes, y ver cosas infalibles, que, sin embargo, como otras muchas cosas inefables, eran referidas con todos sus pormenores por el vulgo.... Así, no sin un poco de vergüenza, se dispuso Hipatia aquella tarde á otra tentativa, quizá la última, para escalar el cielo, considerando cuántos ignorantes monges y monjas, desde Constantinopla á la Tebaida, estarían ocupados probablemente en este momento lo mismo que ella. No obstante, la tentativa debía hacerse. En aquel terrible abismo de duda, necesitaba algo palpable, real, que se sobrepusiese á sus pensamientos, esperanzas, especulaciones, algo en que descansase su fe, su corazón.... Quizá esta vez, á lo menos, viendo su estremado infortunio, un dios se dignaría enviarle un rayo de su hermosura.... Quizá Palas se compadecería al cabo.... O si Palas no, algún arquetipo ángel, demonio.... Y entonces se es-

tremeció pensando en aquellos demonios malos y mentirosos, cuyo placer se cifraba en engañar y tentar á los fieles, en forma de ángeles de luz. Pero ni aun la perspectiva de este peligro la desvió de su intento. ¿No era ella pura y sin mancha como la misma Palas? Su innata pureza no le permitiría distinguir, por una antipatía instintiva, aquellos miserables seres bajo la máscara mas bella? Probaria á lo menos....

En seguida, con una mirada de intensa humildad, empezó á despojarse de sus joyas y ropas superiores. Desnudándose luego el seno y los piés y soltando sus trenzas de color de oro, se tendió en la cama, cruzó las manos sobre el pecho, y aguardó, con los ojos extáticos y dirigidos hácia arriba, lo que pudiese suceder.

Allí permaneció, hora tras hora, inflamándose gradualmente sus ojos y respirando mas aprisa; pero no se notaba mas señal de vida en aquellos miembros, en aquellos piés y manos, que en la esposa de marfil de Pígmalion, antes que tomase carne y sangre humanas. El sol traspasó el horizonte, el ruido exterior de la ciudad se oía cada vez mas fuerte,

los soldados se divertían y reían abajo; pero Hipatia era indiferente á todo. La fe, la esperanza, hasta la razón estaban puestas en juego para obtener el resultado de aquel atrevido esfuerzo que se dirigía á escalar el cielo. Y, por un continuo ejercicio de la voluntad, aisló sus sentidos de cuanto la rodeaba y su espíritu de todo pensamiento, yaciendo allí resignada hasta que se desvaneció la conciencia de tiempo y lugar, y le pareció estar sola en el abismo.

No se atrevía á pensar, á esperar, á alegrarse, por miedo de destruir el encanto.... Repetidas veces lo había destruido, hallándose ya en aquel punto, por ceder repentina y tumultuosamente á su alegría ó temor; pero ahora su voluntad se mantuvo firme.... No sentía moverse sus miembros, ni oía su respiración.... Sobre ella y á su alrededor había una neblina ligera y brillante, una red interminable de membranas relucientes, que iban, venían, se unían, se separaban.... ¿Estaba en el cuerpo ó fuera?

La red se desvaneció en un abismo de luz aun mas clara.... Una ardiente atmósfera se extendía en torno de Hi-

patia, que respiraba la luz y flotaba en ella, como una mariposa en un rayo de sol de medio día.... Y sin embargo, su voluntad permanecía firme.

A lo lejos, al través de inmensos abismos de luz, percibió una mancha parda y sombría, que iba creciendo á medida que se acercaba.... Un globo oscuro, guarnecido de arco iris.... ¿Qué sería? No osaba esperar. Seguía aproximándose, aproximándose, hasta tocarla.... El centro tembló, dió vueltas, tomó forma, apareciendo un rostro.... ¿de quién? ¿de un dios?.... ¡No.... sino de Pelagia!

Hermoso, triste, suplicante, resentido, indignado, terrible.... Hipatia no pudo sufrir mas y saltó de la cama con un grito, experimentando en toda su amargura la espantosa reacción del místico, cuando la razón y la voluntad humana, de que ha prescindido, objetan sus divinos derechos, y pasándose de fiebre de su imaginación, le sucede la prostración y el despecho.

¡Conque aquella era la respuesta de los dioses! ¡La fantasma de la muger que había despreciado, que había lanzado de sí!—¡No, esclamo, su respues-